

El Paseo de los Caracoles, de Antonio Gálvez Alcaide.
Páginas iniciales.

*A Rosario Alcaide Valle, mi madre.
Y a su inconmensurable hondura vital, de la que no paro de beber.
En este libro aparecen fragmentos suyos, regalados con su bruñida
sonrisa colorada y recogidos al dictado.*

Dejemos en paz y en su sitio a los muertos;
no osemos interrumpir su serio silencio, ni hollar el rincón
que eligieron para irse convirtiendo, poco a poco,
en un inerte montoncito de basura,
en una bullidora y fétida gusanera.

CAMILO JOSÉ CELA

El Paseo de los Caracoles, de Antonio Gálvez Alcaide.

Páginas iniciales.

DE MADRUGADA

Cuando la amplia y oscura cazuela se enfría, el caldo de los caracoles es de un acentuado verde hierbabuena. Los caracoles, tiesecillos, muertos fuera de la concha, con paciencia se pueden contar de uno en uno. Solo quedan dos o tres raciones.

La freidora aún quema, la plancha no se utiliza ya, hay panecillos por todos los rincones, también tomates partidos por la mitad. Toda la cocina es un desorden envuelto en un vaho templado y desconsiderado.

En estos momentos, la señora Lola cena hecha un guiñapo. Cena con apetito. La señora Lola es de las que comen a todas horas y no engordan. A la señora Lola se le sujetan las carnes prietas. Como el alimento es salud, luce siempre un par de hermosos carrillos sonrosados. Aunque la señora Lola cena de espaldas a su cocina, controla el negocio, al marido, al empleado y al mosquito grisáceo, tan voluminoso como un moscardón, que recibe veloces manotazos. También da conversación al último cliente de la noche que apura su chato de vino.

—Ande, ande. Nosotros no vamos a la playa. El trabajo es lo principal —dice.

La señora Lola está obsesionada con apurar al máximo

los dineros que manan durante los meses de verano, la única temporada en la que puede ahorrar un pico.

El bar disfruta de algunos clientes fijos, en su mayoría cincuentones y sesentones. Estos clientes son fijos porque contemplan el diario escote estival de la señora Lola, sus treinta años altivos y sus ceñidos pantalones, por los que se adivinan unas nalgas redondas y prolongadas.

La señora Lola continúa cenando hecha un pingajo. Pero atractiva. Ella siempre está guapa. El nacimiento de sus pechos, que enseña hospitalario el escote, sube y baja a un ritmo sosegado. El nacimiento de sus pechos está impregnado de diminutas gotitas aceitosas de la cocina que abri llantan toda su magnificencia. En el nacimiento de sus pechos se asientan las miradas fugaces de muchos clientes. El último cliente lo mira descaradamente, es un vejestorio cachondo.

Cuando la mujer percibe ojos en sus pechos, siente lo mismo que cuando no los percibe.

—¡Pepín, el cubo de la basura está enfrente de la nevera del mostrador! ¡Date prisa, rey! —dice.

Afuera, en la Rambla, el aire es tibio y pegajoso, del pegajoso que hace creer a las personas que son gorrinos molestados por moscas atontadas de verde esmeralda o negro carbón, tan asquerosas ellas, del mes de julio.

Afuera, los camareros de la Rambla recogen las mesas y las sillas con la trágica idea de ahogarse, paulatinamente, en el aire calentón.

La una de la madrugada invita a marcharse a descansar. Pepín, mientras barre, piensa que ya debería usar la cama y

saborear, despatarrado y en cueros, la almohada y las sábanas. Entonces aligeran sus movimientos.

Pepín es pecoso, tiene granos en el cuello, unos ojos azul marino y una mirada serena. Una mirada que reconforta a las mujeres, que penetra en los recovecos más íntimos de las mujeres, esos recovecos oscuros que ni ellas mismas conocen. Una mirada que produce, a las mozuelas de su edad, cierto hielo en el estómago, breves vértigos y flojeras en los cachetes de sus posaderas.

Una gota de sudor se le desliza por la sien. Arrastra servilletas de papel, humedecidas en salsa de tomate y mayonesa; cabezas y demás restos de gambas despanzurradas; patatas bravas, con su pimienta incluida; infinitas conchas vacías de caracoles, que suenan, al deslizarse por el suelo, como unas castañuelas agitadoras y rítmicas. Su escoba acaricia pequeños segmentos vomitados, salivajos arrojados por los críos de estomaguito delicado. El pique de los manjares a veces arde. Unas palabras pronunciadas hace varias semanas resbalan entre las partículas de la noche:

—El niño está hecho un hombre. Paco, mira qué bien come.

—No le des caracoles al chiquillo, que va a empezar con las arcadas.

Pepín maldice, al limpiar las miserias, todos los días. Cuando llegue el invierno se marchará a hacer la mili, como soldado voluntario, en la Renfe. Dice su padre que al licenciarse tendrá la seguridad de un trabajo perenne y que será uno menos de los que imaginan que la vida en Barcelona es incierta y achuchada. Pepín maldice. Incluso le gustaría dejar de existir y olvidar para siempre la incertidumbre.

El techo del bar es el suelo del primer piso. En sus losas se apoya una cama, y en la cama, desde hace unas horas, agoniza un hombre.

El agonizante piensa, con razón, que le ha dado una parálisis total y que cuando levanten su cuerpo será con los pies para delante.

El agonizante piensa: «En este puñetero parálisis me quedo». No se turban sus reflexiones al darse cuenta de que se ha quedado sin habla. A lo mejor es demasiado pronto para perder los estribos.

En la alcoba domina un torbellino de penumbras. El agonizante solo consigue ver con claridad, gracias a las luces de la Rambla, la persiana casi echada de la ventana. El hombre, ajado por la erosión de los años, puede mirar al frente, al techo y un poco hacia los lados.

El año pasado se le diluyeron las esperanzas de regresar a Montilla tras su jubilación, de pasear todos los días por el Paseo de la Corredera, de contemplar el gozo de su mujer y sus paisanos en la Feria del Vino. Hace un año se le distorsionó la ilusión de verse agraciado con una quiniela millonaria que lo sacara de la fábrica. El año pasado decía que su mujer estaba enferma porque se le endulzaba la sangre. Hace un año, en el mes de julio, su mujer murió con sangre de azúcar.

El agonizante decía en el bar de abajo, el bar Los Cordobeses, que no ha tenido hijos porque no se los ha dado Dios, y que no sabe si es para bien o para mal. Su familia, ajena al presente trance, respira en Montilla el sosegador aroma campestre, pero conserva una hermana que vive en Barcelona y lo visita todos los miércoles.

A estas horas de la madrugada, un airecillo fresquito y reconfortador se cuele, a través de la persiana, y sopla el rostro del agonizante. El airecillo le mueve los cabellos que le quedan y le desparrama cierto aroma de paz en el combate contra la muerte, una lucha que comenzó cuando se puso el sol.

A estas horas aún oye estrepitosos sonidos humanos. A Pepín, que chilla a no sabe quién, le conoce la voz.

—¡Me estoy muriendo poco a poco! ¡Qué va, estoy muerto ya! —dice.

El agonizante, en todo momento, mira al frente, es más cómodo. Mira hacia la ventana, y piensa. Si pudiera volverse, con el objeto de refrescar su espalda, se volvería. Pero no puede. Hace calor. Gracias a Dios se acostó en calzoncillos.

El aire, ese aire que absorbe a los habitantes de la Rambla, se muestra cálido y desapacible para los camareros; tierno y accesible para los que lo toman con calma; húmedo e ingrato para los que notan el roce de los muertos.

El aire de la Rambla, del Paseo de los Caracoles, como sabe usted que se le llama popularmente, esta noche huele a muerte. Las narices más agudas se pueden trastornar, menos mal que no hay ninguna. Se distinguen, entre sus escasas corrientes, lucecitas milimétricas, unas lucecitas gallardas y encantadoras que forman el espíritu recién liberado de una joven mujer.

Marta y Andrés —veinte y quince años, respectivamente— tienen sus cuerpos colorados y apesadumbrados del roce de una muerta querida, la que flota sobre sus cabezas, su hermana Mercedes.

Marta y Andrés tienen ojos avezados, pero no presencian el alma, en la atmósfera, de la difunta Mercedes, un alma tan cegatona como la vista de los cachorrillos recién paridos.

Marta y Andrés saludan a Pepín, y este les da el pésame sintiendo, de nuevo, filamentos de hielo en el estómago. Había olvidado que la preciosa Mercedes yace, en el ático, muda y sorda y sin resuello.

La señora Lola, cenando sin parar, y su esposo, enjuagando vasos y copas, vislumbran la imagen de los hermanos como si fuesen almas en pena. Ya les expresaron sus condolencias por la mañana. Ahora, cuanto menos se les hable, mejor, que cuanto más se remueven las porquerías, más huelen.

Los dos hermanos, ojerosos y cabizbajos, ignoran el umbral del bar al rebasarlo. Suben las escaleras como si fluctuaran en el limbo. A Marta, una lágrima se le escapa para reposar en una manga de su vestido de luto. Los ojos de Andrés están secos y ensangrentados, le duele la frente de tanto llanto consecutivo.

Los dos hermanos cierran la puerta de su casa. Se encaminan al terrado y distinguen, de soslayo, tras la puerta de la alcoba, el cadáver de Mercedes.

En el terrado, mirando hacia el Paseo, con los ojos parpadeantes a causa del incesante humo de un cigarrillo, Fernando Porras, el padre de la finada, conserva una tranquilidad ejemplar, un sosiego consecuente de redundantes blasfemias, una calma gélida y resignada de cabeza de familia.

Los hermanos y sobrinos de Fernando Porras son muy modernos, viven en la misma Barcelona. Los hermanos y sobrinos de Fernando Porras se reúnen con él, y con los

hermanos y sobrinos de la esposa, en ocasiones especiales: bautizos, comuniones, bodas, entierros... Los hijos menores de estas familias se encuentran ausentes. Los niños no acuden a los velatorios, donde se hallan malas caras y conversaciones a contrapelo. Se pueden contar con los dedos de ambas manos las visitas que se han hecho estas familias desde que salieron de Montilla hace veinte años.

A Fernando Porras le alivia oír con dificultad a unos sobrinos recién casados que apenas conoce. Le gustaría coserles los labios con hilos de alambre.

—Hay que ver lo que es la vida. Hace dos o tres semanas la saludé en una discoteca de la Diagonal. Qué lástima —dice un sobrino.

—Y que lo digas, qué asco. No sabe una cuándo le va a tocar —añade una sobrina.

Los sobrinos carnales de Fernando Porras se congregan en un rincón del comedor formando una aureola homogénea de humo de tabaco. Farfullan muy bajito, como en secreto.

En la alcoba de Mercedes, su madre, sentada en una silla baja de enea, expresa ininteligibles chácharas con las manos cubriéndose las mejillas.

—Aaaaaay... Diossss... con veintitrés años... —dice.

Mercedes está amortajada con su ropa favorita: zapatos blancos de suela plana, pantalón de pinzas, blanco y holgado, blusa azul celeste con bordados de arabescos... A Mercedes se le destaca más que nunca el negro de sus cabellos rizados y de sus pestañas y cejas, en contraste con su ropa clara y su liviana tez pálida. Mercedes, estirada en su cama, parece que duerme con placer. Sus manos tocan las curvas de sus caderas, unas manos tan suaves como sus mejillas e

incomprensiblemente templadas. Sus labios, relajados, unidos y oreados, conservan el atractivo voluptuoso y el color de las rosas.

Desde San Juan Despí, las estrellas semejan los últimos fosfenos que contempló Mercedes.

El humo de los cigarrillos de Fernando Porras se eleva lentamente trazando singulares figuras. El invasor humo de los porros... —los porros son unos cigarros que emborranchan—; el invasor humo de los porros, digo, no hace buenas migas con el de los cigarrillos: el pez grande se come al chico.

